La intransigencia del Vaticano

Esta es la frase ya estereotipada, para uso y abuso de toda la prensa sectaria, siempre que se trate de cuestiones mixtas, político-religiosas, para crear ambiente de odiosidad alrededor de la Santa Sede, es decir, de la Institución más augusta de la tierra, á la que despectivamente llaman la Curia Romana.

Ni la frase ni el procedimiento ofrecen novedad alguna; todo es un plagio grosero de lo que antes hizo el masonismo en Francia é Italia y después en Portugal. Y bien sabemos cómo les va á estos pueblos, especialmente al último, en donde la tiranía masónica y carbonaria hace imposible la vida de los que no sean masones, burlándose grotescamente de la libertad, igualdad y fraternidad que antes predicaban. ¡Cuánta farsa!

Ahora está en turno nuestra desgraciada España; y es de ver cómo estos desventurados instrumentos de poderes secretos y extranjeros aprietan los puños y vomitan injurias contra el Padre universal de los creyentes, el bondadosísimo Pío X, á quien presentan como un tirano que pretende dominar al mundo. ¡Qué horrible injusticia! No es tigre, es cordero, como el Divino Maestro, y sufre pacientísimo persecuciones tan injustas, ofreciéndose diariamente ante el altar santo, para detener el brazo de la justicia de Dios que amenaza descargar, con toda su inmensa pesadumbre, sobre las naciones apóstatas. Jesús dominó el mundo, no con la espada, sino con la cruz. Y su representante, en la tierra, abrazado á la cruz, recorre penosamente la calle de amargura, entre los gritos y denuestos de los enemigos del nombre de Cristo. No hay que olvidar que el Santo Padre está bebiendo hasta las últimas amargas heces del cáliz de la tribulación y del dolor, precisamente cuando á los ojos de sus enemigos le llaman intransigente y déspota. ¿Qué razón hay para trocar los papeles de este terrible drama, llamando tirano á la víctima más augusta, y víctima al tirano? ¿Por qué se ha de engañar al pueblo, haciéndole odiar lo más amable, aborrecer lo más justo, á trueque de ganar una popularidad ó populachera que mañana ha de maldecir á los que explotaron su ignorancia, para fines tan malvados?

¡La intransigencia del Vaticano! ¿Quién hay en España que ignore de dónde han partido las provocaciones y quiénes son los que han creado esta situación deffoíl que á nadie ha de reportar positivo provecho? ¿Por qué ese empeño de jugar con el fuego de las pasiones más peligrosas, con la preten-

sión ridícula de no quemarse? No han pasado muchos días desde que la misma prensa sectaria reconocía que todas estas andanzas antiolericales ni tenían finalidad honesta, ni ambiente en la opinión del país. ¿Por qué, pues, tocan ahora á zafarrancho, y vuelven á despertar pasiones y enconar ánimos, llevando la alarma al pueblo católico?

No hay que olvidar el génesis de todo este proceso. Comenzó, como en Francia, engañando al país con el fantasma del clericalismo, es decir, de la intrusión del poder eclesiástico en el gobierno de la Nación. ¿Hay quien pueda oír esto sin sentir asco en el estómago? Porque yo no he visto que la Iglesia nombre Ministros, ni Gobernadores ni Alcaldes; en tanto que estoy cansado de ver que sucede todo lo contrario: el Gobierno es el que nombra Obispos, Canónigos y Curas, en virtud de graciosas concesiones que la Iglesia ha hecho á los Reyes de España, defensores de la fe católica. Este es el clericalismo que existe en España.

Pero hay asuntos más graves, y dado el estado de derecho concordatorio vigente en nuestro país, deben resolverse, previo acuerdo de ambas Potestades soberanas, la Iglesia y el Estado, de tal suerte, que no pueden tomarse resoluciones unilaterales, sin menoscabo del derecho soberano de la otra Potestad. Esto es tan claro y tan evidente que no necesita demostración. Y ¿se podrá acusar de intransigente á cualquiera de los dos Poderes que proteste contra el otro, al resolver por sí solo una cuestión que afecta á los dos? *Et te pendente, nihil innovetur*, dice una regla de derecho. Si pues yo sostengo litigio con otro ciudadano que me disputa la propiedad de un predio, y me permito venderlo ó variar en algo su estado de derecho, ¿podrá acusar de intransigente á mi contrincante, si protesta contra mi manera de obrar? Pues á esto se reduce la tan decantada intransigencia del Vaticano.

¿A quién reporta provecho esta situación anómala y difícil, esta lucha de enconadas pasiones que alteran la paz y la tranquilidad de tantos hogares? Sólo las sectas son los pescadores que pueden sacar ganancia en este río revuelto. Lo que importa es hacer la guerra á Cristo y á su Iglesia, deschristianizar al pueblo, debilitar todo lo que signifique fuerza al servicio de la paz y del orden; y así empujando, poco á poco, llegar al estado de anarquía en que ya se encuentra la desventurada Portugal, donde no es lícito pensar en cristiano, ni siquiera quejarse, al sentirse heridos por el látigo de nuestro tiranuelos vendidos á la masonería.

¿Es esto lo que pretende la prensa sectaria? Pues ha olvidado que aquí no estamos en Portugal, y que en esta

tierra santificada por la presencia personal de la Madre de Dios y regada con la sangre de innumerables mártires del Cristianismo, la persecución enardece á los católicos, que son los más y los mejores, y no están dispuestos á perder su dignidad de cristianos, ni á consentir que la España católica sea una colonia de poderes ocultos en los antros de París. PETRONIO.

Sabemos muy bien que en las logias de París se pretende que pronto ocurrirá en España, algo de lo que sucede en la desdichada Portugal, con su brutal inquisición carbonaria y todo; pero aquí no es fácil que nos resignemos á ser juguetes de masones franceses.

¡Imbroglío...!

Sucedan en el mundo

cosas tales,

que es mejor que las cuenten

animales.

Pue señores, el caso tuvo gracia. Porque era su obsesión la democracia, partido radical hoy muy en boga, cierto día la reina de las aves revolvía de encima y toga, entre otras algo graves, una ley decretó en extremo rara, en que ordenaba ¡si sería brutal que en sus amados reinos imperara la igualdad para todos absoluta. —¡Eso, eso! gritaron los gorriones: que no haya privilegios ni excepciones; progresistas, amigos de adelantos y avessos á armar algarabías, aunque venga un atroz galimatías, y ocurran mil quebrantos, queremos pues que son reaccionarios, que canten, cual nosotros, los canarios. —¡Está bien! los murciélagos clamaron y á coro de este modo se expresaron: ayes de mal agüero, gastamos de vivir siempre entre ruinas de día es nuestra casa un agujero, mientras las golondrinas, durante él al volar, con gran cinismo, se burlan de nosotros, las «indias», que, somos nata y flor del laicismo. ¡Guerra, pues á la luz cara «feroche...!» y vuelen, cual nosotros, por la noche. En lo mismo los gansos convinieron, y á fuer de liberales; ahuecando la voz así dijeron:

—Mientras por barrizales, si haremos de tener bien el ventrículo, nosotros torpemente caminamos, las águilas nos ponen en ridículo. En honor de la ley no consintamos que, el aire al remontar, sube que sube, se encaminen de un vuelo hasta las nubes. ¡Hora es, pues ya, que manden que las águilas cual los gansos anden...!

En gritos más ó menos parecidos otras aves con gozo se expresaron, y saliendo á bandadas de sus nidos á practicar la ley se apresuraron.

Mas ¡ay! nunca pensaron que sería en conflictos tan fecunda y causa de llevar sendos disgustos, pues á los veintisiete días justos, se armó tal baraunda que aquello más que un reino de los aires parecía de locos y polaires; hasta que ya cansados de darse mutuamente de trompazos,

buscaron á la reina y amoscados la emprendieron con ella á picotazos.

—¡Te está bien! á la reina, sonriente, una paloma la objetó prudente, de profunda experiencia y perspicacia, que odiaba con horror la democracia:

—¡Tan sabia tú y no sabes que cada sociedad, como las aves, cualquier institución y sér viviente, para vivir, obrar, desarrollarse, necesita aspirar su propio ambiente, si no quiere apartarse del fin que le dictó naturaleza...? Cometiste una estúpida torpeza; y pues no hay privilegios ni excepciones, aguántate ahora así los coscorriones.

A. ALPARGUÉ Y BLANCO

El parlamentarismo modernista tiende á ser el único poder soberano, en nombre del fantasma llamado soberanía popular.

Por esto, tiene la pretensión de que todos los demás poderes le deben estar subordinados, incluso el judicial.

La Iglesia y el obrero

Lo que hace una madre con su hijo, esto mismo ha hecho la Iglesia católica con el obrero.

Apenas nuestro Divino Salvador descendió del seno del Padre y pisó con su virginal planta esta tierra que habitamos, ya su mirada compasiva de padre generoso, se dirigió hacia el pobre: para él fueron sus primeras palabras de consuelo y de vida.

Prolijo sería enumerar los constantes beneficios que han recibido de la Iglesia los desheredados de la fortuna, porque siempre y en todo lugar, donde quiera que el fuerte ha intentado oprimir al débil é indefenso, allí se ha levantado la Iglesia de Cristo, predicando paz y amor.

Lastimoso en extremo era el estado de la sociedad antes de la venida de Jesucristo y de la fundación de su Iglesia: los hombres olvidándose poco á poco de las divinas tradiciones, vinieron á caer en un estado deplorabilísimo; la sociedad entera renunció de su Dios, entregándose á todo género de desórdenes y liviandades. Bien pronto el más poderoso, usando de su fuerza y poderío, oprimió al débil é indefenso, resultando de aquí la división de castas, la esclavitud, cuya creencia infundada y criminal defendían los filósofos de entonces, llegando á decir el genio más grande que han visto los siglos: *Hay dos clases de hombres: unos señores, otros esclavos.*

¡Esclavitud! palabra aterradora, cuyo solo recuerdo tortura el alma: en su nombre se han cometido los crímenes más horrendos que registra la historia; ella privó de su albedrío al obrero de la antigüedad: á ella acudía el señor para cohonestar sus vejaciones é injusticias.